

RAQUEL
SÁNCHEZ
SILVA

El viento no espera



Raquel Sánchez Silva



El viento no espera

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Raquel Sánchez Silva, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: noviembre de 2018

Depósito legal: B. 24.132-2018

ISBN: 978-84-08-19334-0

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Unigraf

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Hoy te he recordado tumbada en la moqueta color caldero de la habitación del fondo de la casa, aquella con la colcha de flores berenjena y naranja que tanto rascaba. Odiabas esa colcha, aunque no creo que fuese esa la razón por la que preferías tirarte en el suelo en vez de en la cama. Te gustaba mucho leer y ese era tu ritual. Imagino que lo del suelo no tenía tanto que ver con tu afición a la lectura como con tu innata rebeldía. ¿Cómo ibas tú, Noa, a leer tumbada correctamente sobre una cama si era lo que todo el mundo hacía? Era mucho más osado dejarte caer del lado derecho y colocar la oreja tan pegada a las hebras —para ti, pelusa de un suelo vivo— que apenas podías soportar las cosquillas de algún hilillo travieso que ya no era, como tú, parte de ningún nudo. Siempre pensé que hay quien nace para no pertenecer a nadie. Alguien genuinamente libre, capaz de deshacer de forma natural cualquier vínculo con la realidad y con los que la habitábamos. Creo que formulaba estas teorías para explicar tus comportamientos, cómo diría, apasionados. Te tendías despacio y, por la postura de las manos —con la palma extendida y pegada al suelo como ventosa— y por la atención que prestabas, parecías buscar pasos de otros, al igual que un indio el galope de un grupo de caballos. Solías elegir la misma esquina, la más cercana al balcón, al lado de la pata derecha del cabecero de la cama. Sabías que, justo ahí, rozaba la mesilla una gran quemadura en el suelo. La hicimos aquella mañana de enero tan fría. Cómo olvidarla después del susto que nos llevamos. Apenas unos minutos antes del accidente, te vestías tranquila, frente al calentador eléctrico. Menos mal que aún estábamos en casa, en pleno desayuno, y no camino del colegio.

Mojabas la magdalena en un tazón de leche caliente y, con la modorra de la mañana, confundimos el olor a quemado con el de tostadas en la sartén, hasta que se hizo mucho más intenso y lejano. Saltaron los plomos y eso fue lo que, afortunadamente, me hizo reaccionar. «¡El calentador!», te dije. Corrimos hasta la habitación a tiempo de desenchufarlo y confirmar que la moqueta era ya puro plástico. El calefactor con forma de parabólica había volcado, convertido en un pequeño volcán con el fuego en su interior. Una porción de la moqueta se había fundido con la resistencia y estaba pegada a ella, como tus cromos de muñecas, ensalivada y deshecha. La verdad es que no pasó nada grave, pero podríamos haber visto arder nuestra habitación con bigotes de leche. Confiamos tanto en nuestra buena fortuna en ese momento que convertiste esa esquina chamuscada en tu lugar favorito para esconderte de todo. De Agustina, la practicante que venía a pincharte de vez en cuando, y de mí, la que le abría la puerta; de los repartidores de butano y de los niños que querían jugar contigo al fútbol cerca de la iglesia; de las niñas de tu cole que venían con sus muñecas para recordarte que tú solo tenías una; del sacerdote de la parroquia y del portero, del cartero y los hijos de los vecinos. A ratos, muchos en realidad, te alejabas de todo y reconozco que me gustaba saber que eras distinta porque eso me hacía sentirme también especial. Por ejemplo, te observaba embobada cuando buscabas ese refugio para la lectura y situabas el libro frente a ti, una vez más, tumbada de lado y con un perfil pegado al suelo. Ponías el ejemplar como una teja de pie, a menos de veinte centímetros de la cara, y leías. Las mismas páginas, de principio a fin, de fin a principio, y vuelta otra vez. Cuando te miraba desde arriba, veía un pequeño pedazo de la luna negra que te coronaba y que era el recuerdo circular de aquella quemadura. Sobresalía desde el fondo de la cama como un sumidero seco y maléfico con salida al inframundo. Si yo hubiera sido niña, me habría dado miedo, pero tú eras mucho más valiente. La mancha negra parecía una puerta para los demonios de otro mundo, pero para ti era el lugar más tranquilo de la casa. Allí respirabas lento. Diría, incluso, que entrabas en una especie de trance. Solo movías los ojos y levemente

los labios cuando inhalabas por la boca. El resto de tu cuerpo yacía como muerto, como si fuera la cola de una cometa que hubiera caído al suelo en un corte brusco de viento. Tu respiración, tu sonrisa en algún párrafo, el movimiento de tus dedos como si acusaran espasmos musicales, un pie contra otro para aliviar un picor inoportuno, el sueño que llegaba por unos minutos, tu pelo enredado, la esquina puntiaguda de sol que recorría el techo como un reloj al que no habíamos invitado, la sombra de las calas en el balcón como juncos que acariciaban las cortinas y tu olor en verano, ese olor a piscina y bocadillo de queso y membrillo...

Cada uno de esos recuerdos ha salvado estos años. Te he echado tanto de menos, Noa. Sé que ahora no es fácil de entender, pero tuvimos que dejar a un lado la emoción y la duda. Pequeña, lo siento... Tuvimos que elegir por ti.

No hay peor viento que aquel que no cambia. Un día más de levante y empezarían a morir muchos de los visitantes de esa primavera temprana que anuncia, a veces de forma engañosa, una temporada vibrante y llena de cometas. Por morir, Pizco entendía marcharse, pero únicamente marcharse de Tarifa. Con el corazón latiendo con fuerza pero sin el empuje del viento. Al fin y al cabo, la vida de Pizco empezaba y terminaba donde empezaba y terminaba su calle, y lo que hubiera más allá de ese trazo no le importaba y no era de su incumbencia. Con nueve días de levante, muchos de los que llegaron sonrientes y dispuestos a volar sus cometas, hartos de buscar rincones en los que la montaña revolviere el viento hasta domesticarlo y regalarles así unos minutos de gloria, empezaron a empacar sus mochilas y a dirigirse con paso abroncado hacia la estación de autobuses. Algunos, esos que nunca se rinden, aprovechaban el ferry y se marchaban unos días a Tánger, a la espera de que poniente volviera a soplar desde el Atlántico.

Pizco los veía pasar desde el escalón de piedra. «No me extraña su frustración», pensaba al tiempo que abría la boca para despejar los oídos. Casi once años en esa misma zona del planeta, aunque solo tres en la capital del viento, su Tarifa del alma. «¿Solo tres? —se preguntó—. Con todo lo que te quiero, quizás ya sean más, quizás ya pisé esto en otra vida.» Pizco estiró el dedo gordo del pie hasta tocar el adoquín templado. «Quizás llegamos incluso antes de que soprase por primera vez el segundo viento.»

—¿Aún no te has marchado? Joder, Pizco. Pensé que anoche sería nuestra última noche —bromeó Perico—. Todos los días te

veo aquí al recoger la terraza y pienso: «Este vagabundo de mierda me va a dejar libre el escalón para que vengan un par de chiquillos a hacer su botellón antes de enrollarse». Y nada, ahí sigues, sucio y maloliente. —Negó con el dedo y guiñó un ojo—. Como todos los días. Joder, si no hay quien aguante este levante en casa, ¿cómo puedes tú soportarlo en la puta calle, amigo?

Pizco se agarró los antebrazos con fuerza en torno a las rodillas y elevó los pies. Con una media sonrisa, dirigió los ojos hacia las paredes.

—¿Los muros de las paredes, dices? ¿En serio? —respondió ágil Perico a la vez que colocaba con una sola mano tres sillas en torno a una mesa. En la otra mano aguantaba una bandeja llena de ceniceros de cristal.

El viento era ruidoso y persistente y los golpes de las sillas contra el suelo recordaban a las de las contraventanas de metal en una noche de tormenta. Rugían contra la piedra hasta frenar. Pizco sintió un escalofrío y cerró los ojos. La salud se resentía especialmente en estas estaciones intermedias. La humedad y el calor tibio del viento le desbarataban los huesos.

—Entonces, ¿no me vas a ayudar, pedazo de vago, maleante? ¡Venga, Apóstol! Que no te he visto pescar ni un mísero pecillo en tierra de atunes. ¡Levanta, hostia, si quieres un café! ¡Levanta con la levanterá! —Perico reía con sus juegos de palabras con más de la mitad de la terraza ya montada.

Pizco sabía que el camarero le daría su desayuno lo ayudara o no. Perico era lo más parecido a un buen amigo. «Aunque yo no sea precisamente el más apropiado para hablar de amistad», se reprochó el vagabundo. El escalofrío regresó entero y con más fuerza hasta alcanzar un final metálico en el cielo de su boca.

—¿Estás bien, maleante? Algún día me vas a hablar y se me va a congelar la patata del susto. Yo sé que no eres mudo. Porque sordo no eres. ¡Anda que no entiendes todo lo que te digo! Sobre todo, cuando sobra aún ahumado en la cocina. Eres más listo que un gato..., y por eso, comes buen pescado. ¡Levantero te voy a llamar! Que parece que eres el único de todo este pueblo que disfruta con este viento mal nacido. Si no fuera porque se sabe que hasta hay más suicidios estos días, pensaría que te

tranquiliza. Te pone cara de perro pachón —le gritó a la vez que acercaba su cara a la suya como en un remate de cabeza.

En ese instante los dos rieron al unísono y el viento paró un momento para coger fuerza en la esquina. Una corriente aprovechó los muros para acelerarse en una especie de tirabuzón que, al regresar a la terraza de golpe, casi levanta los ceniceros de la bandeja del camarero.

—Joder, con el viento. Otro día sin vender una caña en la terraza, y eso que somos La Casa de los Vientos, que si fuéramos La Casa de los Huracanes directamente nos moriríamos de hambre. —Perico se rio de su última gracia sin exageraciones, consciente de que no era su mejor juego de palabras, pero sin dejar de disfrutar de su ingenio—. ¡Qué cosas se me ocurren, amigo! —susurró.

Pizco ya estaba levantado y desatascaba las sillas de las monteras típicas de verano, torres de sillas apiladas más altas que un hombre de su envergadura. Ahora estaba mucho más flaco que en su último recuerdo antes de hacerse a la calle como un marinero al mar, pero mantenía su porte de guerrero y sus ojos. En todo lo demás, Pizco era irreconocible. Contó las sillas como si fueran años y malas noches. Resultaron ser trece. Ese montón tenía que ser de él porque Perico era más bien pequeño a su lado y no habría llegado a encajar la última sin su ayuda.

—Desarmas la tuya, maleante, porque no hay más cojones. Ni Magdalena ni yo tenemos cuerpo para eso. No como tú, que pareces el gigante ese de Harry Potter que le gusta a mi hijo.

Pizco volvió a reír cubierto por el viento.

—Y hoy nos toca trabajar el doble porque Magdalena no vendrá.

Pizco giró la cabeza con la velocidad del que advierte la frenada antes del choque y mostró por un segundo el descontento en su rostro.

—Con este viento, no hace falta que vengamos dos. No sale ni un Cristo de procesión. Me cago en el levante y en todos estos alemanes cagones que no duran ni cinco días. Si ellos supieran lo que es vivir todos los días con viento...

Pizco arrancó cuatro sillas de cuajo y las cargó como el que

lleva un flotador voluminoso a merced de la ventolera. Las sillas se balancearon como un pendiente de aro gigante que colgara de su codo. Un chaval muy rubio y quemado peligrosamente por el sol saludó con la tabla bajo el brazo.

—Otro imbécil, maleante. Era lo que nos faltaba, un muerto en el mar para que ya no venga nadie en toda la temporada. Será gilipollas...

Pizco asintió con rabia al pensar en una temporada sin poder observar a Magdalena desde su escalón de piedra. Unos meses de levante como los de hacía dos años. Mientras todos maldecían el viento, él pensaba en la normalidad y la brisa. En que volvieran cuanto antes. Un poniente amable y fresco que llenase la terraza de clientes.

—¿Quieres un café, compadre? —Sin recibir respuesta, ni buscarla, Perico gritó en dirección al interior—: ¡Un café con leche para el marqués! ¡Y una tostada con jamón! ¡Que no pase hambre, no vaya a ser un enviado del cielo!

Perico entró al bar mientras Pizco regresaba a su escalón. Nunca se sentaba en la terraza y nunca lo haría. Había elegido no pertenecer a nada ni a nadie.

Un golpe de levante le dio en la cara como una bofetada rápida y femenina. «No pasa nada, viento. No me asustas. No a un marinero que vive en medio de la tormenta.»